

La crítica política y social en “La muralla china” de Franz Kafka

Sophie Dorothee von Werder

Con el cuento “La muralla china” (escrito en 1917 y publicado póstumamente en 1937), Kafka abandona por primera vez el tema de las relaciones familiares para centrarse en una constelación política (Estado, territorio, gobernante, gobernados). El narrador describe la construcción de una muralla, la cual es tan vasta que solamente se pueden levantar fragmentos. Se supone que detrás del proyecto está el emperador, a quien nadie conoce. En el microcuento “Mensaje imperial”, que forma parte del relato, un mensaje enviado por parte del emperador a un súbdito, nunca llega a su destino.

Proponemos una lectura de “La muralla china” (*La muralla*) que indaga en las estructuras totalitarias, presentes en la sociedad ficticia retratada, tomando en cuenta los vínculos que se establecen entre el poder y los simulacros. Por otro lado, se analizan la índole y repercusión que en el mundo narrado tienen los movimientos populares, y su relación con algunos valores centrales del humanismo occidental.

Para dar inicio a nuestro análisis, observamos que el punto de vista del narrador de *La muralla* es inestable y ambiguo. En concreto, el narrador tiene la doble perspectiva como conocedor de la historia de la muralla y como uno de sus constructores,¹ por un lado; y especialista en estudios comparados de la historia de los pueblos, por otro. Llama al texto “mi actual informe” o “mi in-

vestigación [...] histórica” (p. 60).² Aparte de eso, el narrador parece seriamente afectado por la incertidumbre. Formula preguntas, se contradice, y a lo largo del cuento cultiva la vaguedad con expresiones como “tal vez”, “quizás” o “puede ser”. Estas particularidades de la perspectiva narrativa son relevantes en el estudio de la obra que presentamos a continuación.

Nuestra lectura del relato se basa en tres preguntas orientadoras: ¿qué representan el emperador, la Conducción y los súbditos, en qué consiste el totalitarismo y cuál es el efecto de la construcción de la muralla en la vida humana?

Con respecto a lo primero, saltan a la vista lo borrosas e inciertas que son las autoridades en el mundo narrado. En *La muralla*, el narrador distingue entre el emperador —quien, de acuerdo con la creencia de muchas personas, en algún momento dio la orden para la construcción de la muralla— y la Conducción —que estaría dirigiendo esta empresa—. ³ Además, el lector se entera de que los chinos tienen “instituciones [...] de oscuridad inigualables” (p. 61); así mismo, se supone que la Conducción tiene un cuarto, mas nadie sabe decirle “dónde estaba y quiénes se sentaban allí” (p. 59); empero, “una de las más vagas instituciones es en todo caso el imperio”. En Pekín “hay alguna claridad acerca de ella, si bien más aparente que real” (p. 61). El pueblo “no sabe qué emperador gobierna y hasta hay dudas

acerca del nombre de la dinastía” (p. 64), y el narrador explica: “nuestros pensamientos se dirigen al emperador, o más bien, se dirigirían al actual si lo hubiéramos conocido o hubiéramos sabido algo preciso de él”; sin embargo, solo se conocen los rumores: “se oía mucho, pero sin sacar nada en limpio” (p. 62).

Aparte de que las autoridades en *La muralla* son anónimas, tampoco son confiables, porque puede que no estén actuando con ética. Un funcionario imperial es controlador y ejerce un poder arbitrario: “formula en nombre de los gobernantes cualquier exigencia, comprueba las listas de tributos”. Además, “habla de un muerto como de un vivo” (p. 64). En esta misma línea de análisis, parece que, mientras se mantienen ocultas, las autoridades gozan de una visión panóptica, lo saben todo sobre la gente. El narrador de *La muralla* afirma que la Conducción “nos conoce. [...] sabe de nosotros, conoce nuestra pequeña industria, nos ve a todos reunidos, sentados en la choza, y la oración que al anochecer dice el más anciano en el círculo de los suyos, le es grata o ingrata” (p. 60).

No obstante el gran poder y la poca confiabilidad de las autoridades, los ciudadanos tampoco se presentan como víctimas pasivas. El pueblo en *La muralla* no es revoltoso y básicamente apoya un *statu quo*. Las personas tienen un ferviente deseo de formar parte de una comunidad y de un colectivo de trabajo. Su responsabilidad en la situación consiste en una entrega sin reservas a la construcción de la muralla como empresa colectiva. Los albañiles están ansiosos, dirigen todos sus esfuerzos hacia la construcción, porque los impulsa “la urgencia de ver levantarse la obra en toda su integridad” (p. 9). Los constructores se comportan como “niños eternamente esperanzados

[...] el ansia de trabajar en la obra del pueblo se hacía indomeñable. Se alejaban de la casa antes de lo necesario” (p. 57).

Por otro lado, la subordinación y el infinito son elementos centrales en el relato, lo que nos motiva a analizar la temática del totalitarismo como poder infinito que define las relaciones jerárquicas o de sometimiento. En *La muralla*, por un lado, el infinito se refleja en la distancia invencible entre el emperador y el súbdito. Cuando el emperador del microrrelato “Mensaje imperial” agoniza, “todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas” (p. 63). Sin embargo, el mensajero, portador de un recado para el súbdito, nunca logrará siquiera salir del palacio y, aunque lo consiguiera, tendría que cruzar la capital, pero “nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos todavía con un mensaje de un muerto” (pp. 63-64). Al igual que en otros relatos kafkianos, los obstáculos y las postergaciones se reproducen y se vuelven insuperables. Finalmente, no puede haber contacto o comunicación; el mensaje imperial jamás llegará a su destino, porque la distancia y el enajenamiento entre gobernante y gobernado son infinitos y totales.

Por si fuera poco, la misma construcción de la muralla se relaciona con el infinito. Aunque el narrador comienza su relato diciendo que esta “fue terminada en su punto más septentrional” (p. 54), todo lo que sigue contradice la frase introductoria, porque la muralla se quedó en “fragmentos abandonados en regiones desoladas” (p. 55) y su terminación es imposible. Más adelante se explica que la construcción parcial se debe a la consideración del ánimo laboral de los trabajadores, a los cuales “una labor que, ni aun cumplida empeñosamente y sin interrupción durante una larga vida, permitía vislumbrar la meta, los hubiera desesperado



y, sobre todo, disminuido su capacidad de trabajo” (p. 56). Un fragmento de la muralla se logra terminar en cinco años; después de ese lapso, los trabajadores “solían estar agotados; habían perdido toda confianza en sí, en la obra, en el mundo” (p. 56).

Finalmente, en torno a la muralla se va formando otro infinito que son las estructuras sociales. En *La muralla* todo el sistema de educación apunta a una formación que capacite al pueblo para participar en la construcción de la muralla. Por eso, en China “la arquitectura, y en especial la albañilería, se declaró ciencia principalísima, y todo lo demás se reconoció solo en cuanto se vinculara con ella” (p. 55). La sociedad se construye, entonces, en relación con la macroempresa; se establecen las jerarquías y los grupos sociales (el emperador, la Conducción, los capataces, albañiles, jornaleros, etc.). Las relaciones de subordinación son secundarias o posteriores, porque resultan de las funciones que cumplen las personas con respecto a la construcción. Pero, más allá de la organización social, la muralla determina, incluso, los pensamientos y los sentimientos de las personas: los albañiles “habían reflexionado mucho acerca de la obra, que nunca terminaban de meditar sobre ella y que, desde la primera piedra hundida en la tierra, se sentían consubstanciados con la empresa” (p. 56).

Observamos que, en *La muralla*, el totalitarismo no aparece primordialmente relacionado con una autoridad, sino con una tarea única que dirige todos los anhelos y esfuerzos de los seres humanos, a la vez que estructura la sociedad. La muralla deja de ser un medio para alcanzar un fin; se convierte en razón de ser y en una finalidad en sí.

Aparte de eso, se percibe que los miembros de un respectivo grupo social actúan como

colectivo. Los trabajadores renuncian a su individualidad con gran entusiasmo: “Cada campesino era un hermano para el que se construía una muralla de protección y que, con todo cuanto poseía y era, agradecería de por vida. ¡Unidad! ¡Unidad! Pecho junto a pecho, una guirnalda de pueblo, sangre no constreñida a la mísera circulación corporal, sino que rodaba dulcemente, aunque retornando siempre, a través de la China interminable”.⁴ La identidad se vuelve colectiva; las masas responden a un impulso único y actúan como un cuerpo orgánico. No obstante, el tono del narrador aquí se torna muy patético y parece revelar que la hermandad y armonía son falsas.

Como ya señalamos, en *La muralla* no existe una autoridad visible. El emperador y la Conducción son imponentes pero pueden, perfectamente, corresponder a un simulacro, o a una simple creencia y convicción de la gente. En cuanto al impacto que tienen en la sociedad, resulta irrelevante que sean reales o no. En este sentido, Kafka retrata un mundo en el que la realidad cede ante los simulacros, volviéndose secundaria y dependiente.

Por otro lado, los poderes supremos que en *La muralla* se creen detrás de los acontecimientos comparten rasgos con una deidad. El emperador y la Conducción son tan poderosos como inciertos, y se relacionan con la eternidad y el trasmundo. El narrador cree que la Conducción “existió desde siempre, lo mismo que la decisión de construir la muralla” (p. 61). Admite que Pekín es, incluso, más desconocido “que la vida del más allá” y como no se puede comprobar su realidad, más fácil “resulta creer que Pekín y el emperador son una sola cosa, una nube por ejemplo [...]” (p. 66). En esta línea, el emperador tiene varios atributos de un

dios: se lo relaciona con una misión que tiene la gente, y de los súbditos lo separa una distancia insuperable. Por un momento, el emperador se presenta como un hombre común, al igual que el dios cristiano que se convierte en Jesús. El narrador, aquí de repente se vuelve omnisciente, lo que resulta incoherente tratándose de un narrador inseguro que constantemente enfatiza los límites de su conocimiento. Ahora, a pesar de que no se sepa a ciencia cierta si el emperador existe, conoce su intimidad y nos informa que “el viviente, un hombre como nosotros, yace a semejanza de nosotros en una cama [...]. Como nosotros se distiende a veces, y si está muy cansado bosteza con su boca de tierno diseño” (p. 62). El emperador, al igual que Jesús, es poderoso a la vez que vulnerable; es abandonado por su gente y ejecutado públicamente. En su entorno se gestan intrigas y hostilidades, “se aglomera la brillante pero oscura multitud de los palaciegos — maldad y enemistad en ropa de criados y amigos [...] procurando sacar, con sus flechas envenenadas, al emperador” (p. 62). Y cuando “en la plaza del mercado, en el medio, bien adelante” se lleva a cabo su ejecución, el pueblo ni siquiera se da cuenta, porque todos “están al final de las repletas callejas laterales, comiendo tranquilamente la merienda traída” (p. 63).

La figura del emperador es, pues, tan contradictoria, que no podría referirse a un hombre real. Es poder supremo a la vez que víctima; está en el centro de la atención, pero nadie se entera de su ejecución; es un hombre “como nosotros”; no obstante, una distancia invencible lo separa del pueblo.

Al igual que el emperador, también la muralla está marcada por la contradicción y afectada por el simulacro. No solo, como ya mencionamos, fue terminada, aunque

se quedó en fragmentos. También supera la torre de Babel porque tiene cimientos sólidos; sin embargo, está en “constante peligro” (p. 55). Observamos, además, que no hay claridad acerca del objetivo de la muralla. El relato nombra dos posibles finalidades de la misma, las que el mismo narrador señala como falaces. Por un lado, se menciona el propósito de la protección, el cual no podrá cumplir, porque “¿cómo puede defender una muralla construida en forma discontinua?” (p. 54). El narrador revela, además, que la misma amenaza de los pueblos del Norte no es más que un mito. Nadie ha visto a los pueblos del Norte, ni serían capaces de llegar, dado que “por más que corran se perderán en el aire” (p. 60). Por otro lado, la muralla no podrá ser el fundamento para una nueva torre de Babel, porque “¿Cómo la muralla, que ni siquiera era una circunferencia, sino tan solo un cuadrante o media circunferencia, había de proporcionar los cimientos para una torre?” (p. 58). Los objetivos de la muralla son, entonces, ilusorios. Además, en *La muralla* vemos que el imperio mismo podría ser un simulacro cuyo peso e impacto dependerían de la convicción del pueblo. El narrador explica que si la autoridad no lograba ser efectiva, “hay en ello una debilidad de la imaginación o de la fe del pueblo, incapaz de atraer el imperio” (p. 66).

En síntesis, *La muralla* se refiere a poderes supremos, pero, a lo mejor, inexistentes. Llama la atención, además, que el sistema autoritario en el mundo ficticio revela otras paradojas; por un lado, la de un pueblo que promueve el autoritarismo y, por otro, como veremos más adelante, el totalitarismo retratado es imposible.

El mundo ideado en *La muralla* sugiere un vínculo entre el poder, los simulacros y la



fe, lo que apunta a la cancelación de dos valores centrales de la tradición del humanismo occidental: el racionalismo y la libre voluntad. En realidad, en el relato de Kafka se observa un proceso contrario al de la Ilustración. Mientras esta, de acuerdo con Kant, fue la liberación del hombre de su culpable inmadurez o minoría de edad, en *La muralla*, estaríamos ante su antítesis: el culpable ingreso a la inmadurez o minoría de edad.

Por esta razón, se observa una pasión popular que no conduce a la liberación ni a un empoderamiento. En *La muralla*, el pueblo

entrega su libertad, convirtiéndose en un actor importante que al eludir la responsabilidad induce su propio sometimiento. El trabajo y la construcción colectivos — que suelen ser un elemento importante en las revoluciones — en *La muralla* son dirigidos por los gobernantes y realizados por sujetos dóciles. Arriba citamos el grito de los trabajadores por la unidad, advirtiendo que este no se relacionaba con un movimiento popular emancipatorio. Al contrario, parece corresponderse con el deseo de formar parte de una multitud embriagada y de liberarse de la individuación. Esto, de una parte; de

otra, en *La muralla* el hombre no quiere pensar ni cuestionar sus actos; prefiere entretenerse en una empresa sin sentido. La apatía de los individuos los convierte, así, en cómplices de la situación. El narrador recomienda, explícitamente, tratar con “todas tus fuerzas de comprender las disposiciones de la Conducción, pero solo hasta determinado límite; allí cesa de reflexionar” (p. 59), y termina su relato diciendo que no quiere “ir por el momento más allá en la investigación de este problema” (p. 67). En *La muralla*, los personajes, entonces, tienen la vista corta, no entienden el contexto al que pertenecen. Adicionalmente, son inmaduros como “niños” (p. 57), y tan ansiosos que se dedican con fervor a una tarea vana. En resumen, no son emancipados ni aspiran a serlo.

Como ya denotamos, aparte de que un movimiento popular antiemancipatorio y antirrevolucionario representa un contrasentido, llama la atención que en *La muralla* se establece un orden totalitario a pesar de la posible inexistencia de las respectivas autoridades. Podría no haber nada que se esconda detrás de los simulacros, porque el poder parece haberse desplazado hacia los simulacros mismos, los cuales se independizan y, en concordancia con la voluntad popular, terminan creando un mundo. En el relato, una muralla determina la estructura social y simula un sentido. Y ello a pesar de que el totalitarismo narrado también resulta paradójico: el emperador es tan imponente como débil, y la muralla, supuestamente una obra total, se queda en fragmentos. La idea de un “sistema de construcción parcial” (p. 54) es absurda, porque algo que es incompleto y se combine con otros elementos deficientes no va a formar un sistema eficaz. No obstante la contradicción entre la pretensión totalitaria y su realización en forma fragmentaria, la muralla

ocupa el tiempo y consume todas las energías de la gente. Esta parece ser su finalidad verdadera, ya que construir solo fragmentos de una muralla es un sinsentido.

Notas

- 1 Kafka, F. (1973). *La muralla china: cuentos, relatos y otros escritos*, A. Pippig y A. Ruiz (trads.), Emecé, p. 55.
- 2 Kafka, F. (2007). Beim Bau der chinesischen Mauer en *Die Erzählungen*, Fischer Verlag, 289-303. De esta fuente se hacen, salvo que se indique lo contrario, los fragmentos citados.
- 3 Deleuze y Guattari observan que, en *La muralla*, con el imperio y la Conducción coexisten dos autoridades diferentes: la premoderna, cuasi feudal, y otra moderna, burocrática. Deleuze, G., Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*, Ediciones Era, p.104.
- 4 Kafka, F. (1973). *La muralla china: cuentos, relatos y otros escritos*, A. Pippig y A. Ruiz (trads.), Emecé, p. 57.

Referencias bibliográficas

- Deleuze, G., Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*, Ediciones Era.
- Kafka, F. (1973). *La muralla china: cuentos, relatos y otros escritos*, A. Pippig y A. Ruiz (trads.), Emecé.
- . (2007). Beim Bau der chinesischen Mauer en *Die Erzählungen*, Fischer Verlag, 289-303.

Sophie Dorothee von Werder. Licenciada en Germanística (Universidad de Heidelberg, Alemania) y doctora en Literatura Latinoamericana (Universidad de Concepción, Chile), es profesora en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia e integrante del Grupo de Estudios Literarios (GEL). Este texto es una adaptación para la *Agenda Cultural* del capítulo titulado “Totalitarismo, simulacros e Ilustración revocada en ‘La muralla china’, de Franz Kafka, y ‘La lotería en Babilonia’, de Jorge Luis Borges de su libro (2020). *Mundos y seres poshumanos en la literatura contemporánea. Estudio comparado de Kafka, Borges, Santa Cruz, DeLillo y Bellatin*, Editorial Universidad de Antioquia.